

LLUÍS HORTALÀ

HUESCA
CENTRO DE ARTE Y NATURALEZ (CDAN)



Lógris VI, 2011. Cortesía: el artista y CDAN

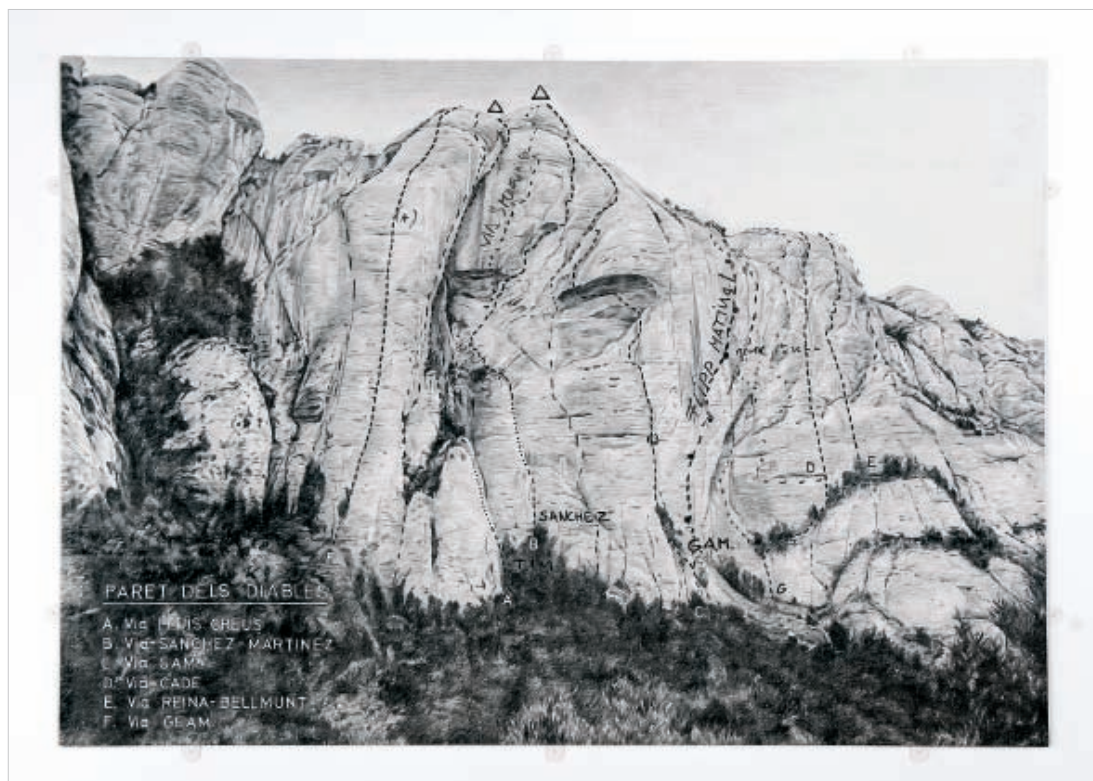
LUIS FRANCISCO PÉREZ

Desde hace más de dos décadas la obra de Lluís Hortalà se ha mantenido dentro de una singularidad tan orgullosa como exacerbada. Singularidad, esencialmente, en el *cómo* unir el rigor de un determinado planteamiento conceptual –de vocación e interés reduccionista, más que *mínimal*, en las piezas escultóricas– junto a la voluntad, interés y querencia, por lograr que ese rigor conceptual no fuera un desierto expresivo o un yermo donde el binomio “forma/recepción visual” no pudiera anclarse en un territorio de significación *otra*, básicamente de significación especulativa y productiva de otros parámetros para nada yermos o desérticos: sentimiento visible, si bien muy controlado, narratividad generadora de una fantasía mantenida siempre en suspenso, y sobre todo, muy importante, acción *performativa* (cuerpo en movimiento) que dejara constancia de una *okupación* del espacio.

Lluís Hortalà es un amante, o un loco, de las montañas, y un escalador de las mismas desde su adolescencia. Precisamente en torno a cumbres y picos (pero no únicamente) gira la magnífica exposición que, comisariada

por Alejandro J. Ratia, le dedica el CDAN de Huesca. Nos resultaría muy fácil y agradecido hablar de “visión o viaje romántico” con respecto a lo que la contemplación de estos impactante dibujos nos depara, pero debemos rechazar de plano esa argumentación, y no tanto por fácil como por falsa. Situarnos, como espectadores, ante esta fácil premisa implicaría una traición a la esencia misma de la obra pero aún mayor sería la traición a nosotros mismos en aras de una acomodaticia interpretación o *comunicación* (concepto que detesto por insignificante y sobre todo por manipulable) con la misma obra. Nada de romanticismos, pues, dado que lo que el artista persigue es involucrarnos (nada que ver con *comunicar*) en la misma pasión *física* que él desarrolla al escalar (queremos decir: dibujar) montañas. Viendo estas telas y papeles estamos muy cerca de asistir a un arte de la acción o de la *performance*. Al igual que en la alta montaña, una acción o *performance* también es, esencialmente, puro espacio y tiempo suspendido. Vamos a intentar ser un poco más explícitos.

Quienes hayan leído la obra cumbre (muy apropiado el



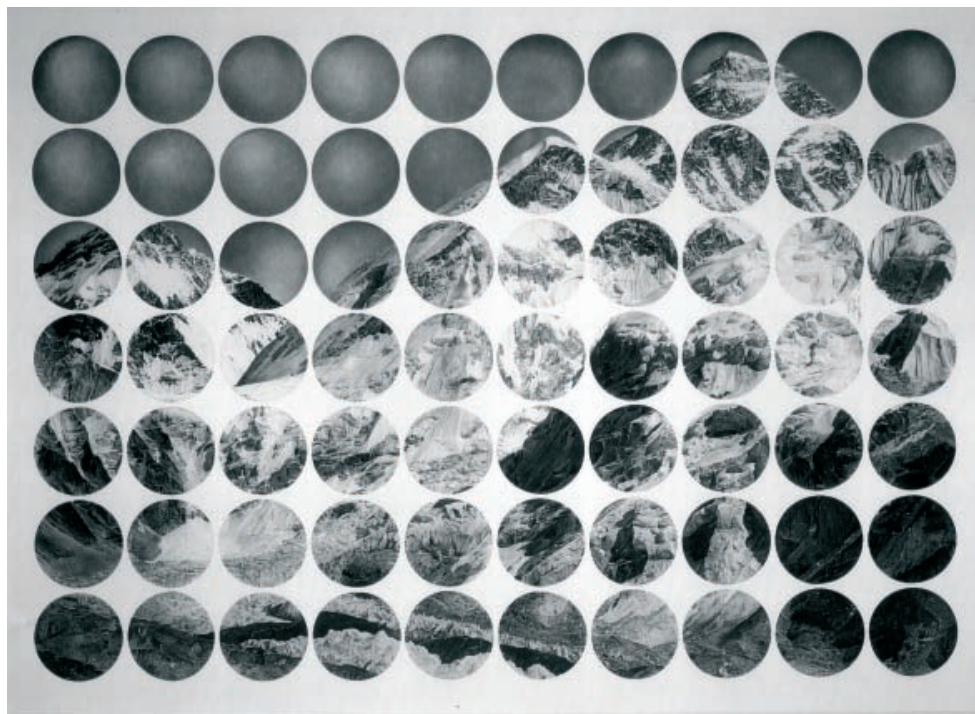
Exercitatorio IX, 2011. Cortesía: el artista y CDAN.

término) de Thoman Mann, *La Montaña Mágica*, sabrán que Hans Castorp, el protagonista de la misma, al igual que el resto de los residentes en ese hospital para tuberculosos en la alta montaña, se dirigen a sí mismos como nosotros “los de arriba”, en oposición a los afortunados que gozan de buena salud que están “allá abajo”. Esta antítesis estructura la novela en una ambigua y paradójica relación entre un “nosotros” que, enfermos, escalamos la montaña para curarnos, y un “ellos” que, sanos, desconocen el placer vivificante de respirar el aire de una atmósfera jamás contaminada. Bajo esta misma ambigüedad se sitúa Lluís Hortalà en el momento de escalar telas y papeles, y es en este punto donde retomamos la idea ya apuntada de un arte de la acción, toda vez que la posición del artista no es tanto la del dibujante que trabajosamente recrea caras y

perfiles de determinadas montañas con negro carbón, pero sí del escalador que utiliza el lápiz de carbón como si fueran arneses, clavijas o empotradores. En definitiva: para *colgarse* de la blanca pared de una tela o papel. Creemos esencial fijar esta cualidad a la hora de enfrentarnos a esta serie magnífica de alucinados y alucinantes dibujos. Son, efectivamente, grandes y extraordinarios dibujos (y no solo: fotografías, relieves, esculturas, vídeos...), pero también llevan consigo el plus añadido de un extraño y perverso romanticismo, y aquí sí sería apropiada la referencia. Romanticismo estético y abismado en sí mismo en cuanto al tratamiento artístico de la Naturaleza, a la que Lluís Hortalà observa con la misma pasión admirativa y piadosa con que Nietzsche contemplaba los mismos hechos: «Solo como fenómeno estético se justifican eternamente la existencia y el mundo».

LLUÍS HORTALÀ

HUESCA
CENTRO DE ARTE Y NATURALEZ (CDAN)



The thin Air, 2002. Fran Daurel Collection, Barcelona. Courtesy: CDAN.

LUIS FRANCISCO PÉREZ

For more than two decades, the work by Lluís Hortalà has been proudly and exacerbatedly unique. This uniqueness lies mainly in the way he combines a certain conceptual approach—which aims to be reductionist rather than *minimal*, in his sculptural pieces—with a desire and interest in preventing this conceptual rigour from becoming an expressive void or an empty space where the “form/visual reception” binomial could not be anchored to a different realm of meaning, basically one of speculative meaning, a producer of other parameters which cannot be described as empty or arid: visible feelings, however controlled, narrativity to generate a fantasy always kept in suspense and, above all, performative action (the moving body) to register an occupation of the space.

Lluís Hortalà is a lover, or a fanatic, of mountains, and he has climbed them since he was a teenager. This magnificent exhibition, curated by Alejandro J. Ratioa at the CDAN in Huesca, revolves around (although not exclusively) summits and

peaks. It would be easy and gratifying to speak about “visions or romantic trips” when seeing these overwhelming drawings, but this approach must be avoided, not so much because it is facile as because it is false. To situate ourselves, as viewers, before this easy premise would involve a betrayal of the very essence of the work, but it would be an even greater betrayal of ourselves, in favour of an accommodating interpretation or *communication* (a notion I detest because of its insignificance and openness to manipulation) with the work itself. No romance, then, given that what the artist is pursuing is to involve us (which has nothing to do with *communicating*) in the same physical passion he experiences when he climbs (i.e. draws) mountains. When we see these canvases and papers we are close to witnessing action art or performance. The same as if we were on a mountaintop, it is, essentially, pure space and suspended time. Let us try to be a little more explicit.

Those who have read Thomas Mann’s masterpiece *The*



Chisme, 1991. Museu Comarcal de la Garrotxa, Olot (Girona). Courtesy: CDAN

Magic Mountain, will know that Hans Castorp, the main character, like the rest of the patients at the mountaintop TB hospital, describes himself as “the ones up here”, as opposed to the healthy ones who live “down below”. This antithesis structures the novel in an ambiguous and paradoxical relationship between the ill “we” who climb the mountain in search of a cure, and the healthy “they” who are oblivious to the refreshing pleasure of breathing the air of an unpolluted area. It is under this same ambiguity that Lluís Hortalà situates himself when climbing fabrics and papers, and it is here that we return to the idea of action art, in the sense that the artist’s position is not that of the draughtsman who laboriously recreates faces and profiles of certain mountains using coal black strokes, but that of the climber

who uses the pencil as if it were a harness, or his pickaxe and footholds. Ultimately, to *hang* from the white wall of a canvas or sheet of paper. We think it is essential to define this quality when facing this magnificent series of amazed and amazing drawings. They are, in fact, large and extraordinary drawings (as well as photographs, reliefs, sculptures, videos, etc.), but they also carry the added value of a strange and perverse romanticism, and on this occasion the reference would be appropriate. Aesthetic and edgy romanticism in terms of the artistic treatment of Nature, which Lluís Hortalà observes with the same admiration and compassion which with Nietzsche contemplated the same events: “Only as an aesthetic phenomenon can existence and the world be eternally justified”.